

EL MUNDO QUE HABITAMOS

El juego de los 26 mundos y un queso

Carmen Pinedo Herrero

Doctora en Historia del Arte y licenciada en Historia Moderna. Ha publicado seis libros sobre temas artísticos y diversos capítulos en obras colectivas y catálogos de exposiciones. Colabora con diversas publicaciones periódicas.

Una antigua leyenda habla de la existencia de veintiséis mundos previos a este que habitamos: se trataría de bocetos, más o menos perfilados, más o menos fallidos, que habrían culminado en el mundo que ahora conocemos. Aunque, ¿qué nos hace suponer que el nuestro es el mundo que concluye la serie y no cualquiera de los esbozos previos? El hecho de que sea este el que ocupamos no garantiza que sea el definitivo. Quizás es uno de los apresurados primeros apuntes, desechado por su imperfección: un mundo, digamos, arrojado a la papelera. Y nosotros con él.

Vivimos en el mejor de los mundos posibles, afirmó Leibniz: no sospechaba que, tal vez, había tantos Leibniz como mundos y que, en cada uno de ellos, un Leibniz casi idéntico a los otros o, por el contrario, radicalmente diferente, se consideraba a sí mismo el mejor de los Leibniz posibles en el mejor de los mundos posibles.

No pretendo enmendarle la plana a Leibniz, tan malinterpretado a menudo y objeto de la sátira de Voltaire en su *Cándido o el optimismo*, pero tengo la prueba de que nuestro mundo no es el definitivo, el más logrado. En realidad, más que tener la prueba, yo soy la prueba. Os explicaré por qué.

Los niños muy pequeños siempre me han mirado con asombro antes de estallar en una jubilosa carcajada. “Te confunden con un personaje de dibujos animados”, me dijo mi madre. No me atreví a preguntar qué personaje era ese. El caso es que, si hay que hacer caso a los niños y a las madres, debo admitir que no alcanzo a persona: me quedo en garabato, lo cual me hace suponer que el mundo que habito es también un dibujo, una especie de borrador. Es posible que otros humanos hayan llegado a adquirir sus perfiles más firmes y sean, por lo tanto, personas hechas y derechas. Yo, desde luego, no lo soy. Entiendo la risa de los niños. Y la comparto.

¿Estos veintiséis mundos previos, más el que se supone que remata la serie, se relacionan con el multiverso, esa sugestiva hipótesis postulada por algunos científicos, refutada por otros y prefigurada ya por los vedas, por algunos filósofos jonios, por los cabalistas, por Robert Grosseteste, Nicolás de Cusa, Giordano Bruno, Jorge Luis Borges y tantos otros? Sí y no.

Comencemos por el no antes de pasar al sí.

La fábula de los mundos previos encierra la idea de un perfeccionamiento progresivo encaminado a una meta: la creación del mundo perfecto que culmina una larga tarea. Cada una de las versiones sucesivas conservaría algo de las precedentes, como nos recuerda Georges Steiner. Este sentido evolutivo de menos a más, desde lo aproximado hasta lo exacto, desde lo provisional hasta lo permanente, no existe en las teorías de los universos paralelos. No cabe hablar de mejoras ni de progresiones ni, por supuesto, del mejor de los mundos posibles. Cada mundo, cada universo, es como es. Si es que existen. Y, sea como sea, con el mundo que nos correspondió debemos apañárnosla.

Pasemos ahora al sí.

Ambos discursos, el legendario y el científico, coinciden en la idea de la multiplicidad de los mundos. También en el hecho de que, entre unos y otros, se puede apreciar tanto una oposición absoluta como un remoto parecido o, acaso, tan solo unas sutilísimas diferencias que llegan a hacernos pensar que un mundo es casi como el otro. Un casi que resuena en otra vieja historia sobre el mundo por venir que Walter Benjamin resume así: “todo allí está dispuesto como aquí. Tal como es hoy nuestra habitación, así será en el mundo venidero; donde nuestro hijo duerma ahora, dormirá en el mundo venidero. La ropa que en este mundo nos vestimos la vestiremos en el mundo venidero. Todo será justo como aquí, aunque será un poco diferente”.

El mundo venidero, se dice en la historia referida por Benjamin. Mundo situado, por lo tanto, en la sucesión temporal: un mundo que vendrá después, que aún no existe y que, se supone, abolirá todos los precedentes.

Imaginemos, en cambio, que todos esos mundos más o menos abocetados, más o menos parecidos o diferentes entre sí, están aquí mismo, ahora mismo: siempre han estado, como decía Kafka del paraíso. ¿Cómo es posible que no los advirtamos? Demos la vuelta a la pregunta: ¿cómo es posible que, en alguna rara ocasión, alguien pueda atisbar algo que, quizás, sea retazo o reflejo o destello de alguno de esos otros

hipotéticos mundos?

Cada especie percibe una realidad diferente: el mundo en el que habita mi gata no es el mismo en el que vivo yo. El modo en que ella detecta los sonidos, los olores, los sabores, los colores, las distancias y la luz configura un universo diferente a aquel que está a mi alcance como humana. Incluso entre los distintos individuos de cada una de las especies hay, probablemente, diferencias de percepción. Temperatura, olor, texturas, sabores, volúmenes, distancias, gradaciones de la luz, la velocidad del aire, el sonido, el color o su ausencia son captados de un modo peculiar por cada ser vivo. La conjunción de todas esas percepciones –variable, siempre fluctuante– conforma, tal vez, un mundo distinto para cada criatura. Un mundo nunca concluido, cerrado, como para decir “ah, sí, está muy bien” y añadirle la firma: no, nada de eso. Un mundo en borrador, dado que es mutable. Un mundo entre otros, puesto que no es único. Mejor o peor en comparación con los demás, no podemos saberlo. Creo que a la gata le aterrará sentir el mundo como lo siento yo; sé que a mí me desbordaría sentirlo como ella.

¿Cuántos mundos habría desde ese punto de vista, probablemente descabellado? No importa el número. También este varía. Más divertido es preguntarnos cómo podríamos deslizarnos entre los mundos.

Una amiga sugirió que estos universos podrían organizarse como las páginas de un libro –o de una revista como la que ahora tienes en tus manos–. Para saltar de un mundo a otro bastaría con cambiar de página. Otra amiga planteó la posible existencia de intersticios de tiempo. ¿Y si el paso se abriese en el espacio entre una página y otra, o entre las líneas de cada uno de los textos, o en unas palabras dichas u omitidas, o en la leve vibración del aire cuando pasamos la página, o en lo que revela o encubre la luz?

Sigamos jugando. ¿Jugando? Claro. No os ocultó que, a pesar de que las referencias que utilizo son auténticas, esto es un juego. Ya lo anuncié en el título. ¿El título? Un momento, podéis decir, ¿y el queso? No os impacientéis: ahora mismo llegamos al queso.

Huecos, indicó una amiga. Los mundos son como huecos, agujeros irregulares, lugares donde cobijarse

o para pasear entre universos. Como el habitante de la guarida de Kafka, podrían excavar túneles entre unos agujeros y otros. Fue ahí, cuando mencionamos los agujeros, cuando en nuestra imaginación apareció el queso: un queso emmental lleno de agujeros (o de mundos). Resulta mucho más sabroso, sin duda, horadar galerías en una pieza de queso que en la tierra. En ese caso se entiende, incluso, la expresión “comerse el mundo”. ¿Por qué no?

Pero ahora he escrito “cobijarse”. He mencionado la guarida. Mundos en mundos. Refugios. Ese lugar recóndito donde escondemos, aunque no lo sepamos, lo indestructible. Eso decía Kafka. Penetramos en nuestro mundo –imperfecto, aunque acogedor– para ponernos a salvo, para recobrar la fuerza. ¿Significa eso que renunciamos a intentar reparar el mundo roto que rodea el nuestro? No. Aun rotos, también nosotros rotos, aspiramos a recomponer algo de ese mundo de fuera, pero solo podríamos hacerlo desde dentro. Nada podemos hacer si en nuestro mundo interior crecen sus ciudades llenas de ruido y de violencia, sus campos de batalla, los efectos de sus odios y de sus envidias: si dentro suenan –aún más, si los hacemos sonar– los cuernos de caza. Hay que quitarse de dentro todo ese mundo: sus huellas, sus heridas. Solo así. Solo.

Según otro relato, tan antiguo como el de los veintiséis mundos, para acceder a un mundo nuevo y, se entiende, mejor, más habitable, no es preciso destruir nada. Basta con “empujar solo un poquito esta taza o este arbusto o aquella piedra, y así con todas las cosas”, nos cuenta Ernst Bloch. Y prosigue: “Pero este poquito es tan difícil de realizar y su medida tan difícil de encontrar que, por lo que respecta al mundo, los hombres no pueden hacerlo”.

¿Realmente no podemos hacerlo? ¿No somos capaces de empujar solo un poquito cada cosa? ¿Tan torpes, tan inútiles, tan perezosos somos? Probablemente, sí.

Pero esa es otra historia.

¿Otro mundo?

No, este mundo. Y todos los demás. Expuestos ante una mirada que atraviesa los mundos, que se desliza a través de ellos y, tal vez, los transforma.